

HENRI BERGSON: LA ESPECIALIDAD

Discurso pronunciado en la distribución de premios del Liceo de Angers el 3 de agosto de 1882 (1).

Creo no ser más que el intérprete del sentimiento de todos vosotros, jóvenes alumnos, dando en primer lugar las gracias a los personajes eminentes que han querido asistir a esta fiesta, y en particular al que la preside. Él ha deseado darnos una nueva muestra de su simpatía, y como su primera visita había sido para nuestro liceo, su primer discurso será para nosotros.

No sé si os seré igualmente agradable anunciándoos, para terminar el año, una lección de filosofía. Vosotros me lo perdonaréis sin embargo, estoy seguro: es la última.

Me castigaré por otra parte a mí mismo, y puesto que es por el abuso de un estudio especial que yo debía haber sido, incluso en un día de fiesta, moralista y taciturno, me condeno, a manera de penitencia, a indagar con vosotros los inconvenientes graves de lo que se llama "la Especialidad".

Lo más triste es lo que constatáis hoy. El hombre de una sola ocupación se parece mucho al hombre de un solo libro: él no sabría hablaros de otra cosa. Si es filósofo, y un favor inmerecido lo llama a tomar la palabra, se agotará en vanos esfuerzos por encontrar un tema de discurso atrayente, se decidirá por la literatura, la dejará por la historia, y terminará en fin, después de un largo trabajo y de penosas investigaciones, en una lección de moral.

¿Qué sucedería si, en lugar de escucharlo en público, fuérais a verlo a su casa? El especialista tiene mal carácter. En tablad con él una conversación banal, hablad de lo que sabe mal o mediocremente; él os responderá, y podréis dejarlo con la convicción de que es hombre de mundo. Pero que el azar, o el deseo de agradarlo, os ponga sobre lo que él llama su "especialidad", él se calla, sonrío, os deja decir. Tranquilo e impertinente, espera que hayáis terminado:

Rusticus expectat dum defluat amnis...

Se guardará de interrumpiros, porque, de vuestros errores acumulados se desprende para él una gran verdad: él sabe. En efecto, ha practicado bastante su ciencia para tener piedad de vosotros; (pero) no ha cultivado bastante las otras ciencias para darse cuenta de lo que aún tiene que aprender, y evitar, permaneciendo modesto, que uno se burle de él.

Pero he aquí lo más grave. La especialidad, que hace al sabio desabrido, vuelve a la ciencia estéril.

Ciertamente, la división de las ciencias es cosa natural. En una época en que la inteligencia humana estaba todavía en la ignorancia, se podía, sin demasiada ambición, aspirar a conocerlo todo. Tal fue la ambición generosa de la filosofía de los primeros

(1) Angers, impr. Lachèse & Dolbeau, 1882. Trad. de Roberto Murillo.

tiempos. Se definía (como) la ciencia de las cosas divinas y humanas. No se tardó en hacer este descubrimiento desesperante: el universo es más vasto que nuestro espíritu; la vida es corta, la educación larga, la verdad infinita; es necesario consumirse en esfuerzos penosos, tantear largo tiempo para meter la mano en una muy pequeña parte de la verdad: aún muere uno sin haberla encontrado o incluso entrevisto. De allí un gran número de ciencias particulares, de las cuales cada una tiene su objeto propio y su método especial, que todas parecen bastarse a sí mismas y prosiguen aisladamente su marcha, hasta el día en que reuniendo en una vasta síntesis la inmensa multitud de hechos poco a poco recogidos y de ideas por largo tiempo acumuladas, algún genio privilegiado relacionará posiblemente estos fragmentos, y reproducirá, en el orden de sus concepciones, el orden mismo que ha presidido la construcción del universo. Que haya ciencias especiales y que sea necesario escoger, es una dura necesidad. Debemos resignarnos a conocer poco, si no queremos ignorarlo todo.

Pero uno no sabría resignarse a ello demasiado tarde. Cada uno de nosotros debería comenzar, como ha hecho la humanidad, por la noble e ingenua ambición de conocerlo todo. No se debería descender a una ciencia especial (sino) después de haber considerado desde arriba, en sus contornos generales, todas las otras. Es que la verdad es una: las ciencias particulares examinan sus fragmentos, pero no conoceréis la naturaleza de cada uno de ellos si no os dais cuenta del lugar que ocupa en el conjunto. No se comprende una verdad particular cuando no se han advertido las relaciones que puede tener con las otras. ¿Conocéis un edificio cuando se os han mostrado, de antemano, todas las piedras? Y sin embargo no hay más que piedras en el edificio. Es que todo el arte está en el arreglo, y lo importante no es conocer la piedra, sino el lugar que ocupará. Todos habéis manejado un microscopio, y habéis podido ver, en la caja que lo contiene, estas placas de vidrio que encierran una preparación anatómica. Tomad una de ellas, ponedla bajo el objetivo y mirad a través del instrumento. Advertiréis un tubo, dividido en compartimientos: haced deslizar la placa; a las células suceden las células, vosotros habéis distinguido admirablemente cada una de ellas. ¿Pero cuál era el objeto, y qué habéis visto? Estaréis obligados, si queréis saberlo, a dejar vuestro instrumento, y a contemplar a simple vista, en su totalidad repugnante, la pata de la araña. Es para mirar la verdad al microscopio que se la ha descompuesto a ella también: si no se comienza por lanzar una mirada sobre el conjunto, si uno se transporta inmediatamente a las partes para no considerarlas más que a ella, uno ve posiblemente muy bien; uno no sabe ni siquiera lo que ha mirado.

Es por una especie de pereza intelectual, y para no tener necesidad de estudiar el resto, que uno se encierra hoy en los límites de una ciencia especial. Yo querría que se modificara un poco esta fórmula, y que uno se consagrara a una ciencia especial, solamente el día en que ya no tiene necesidad de estudiar todas las otras. Emplearíamos así más tiempo en adquirir la ciencia: emplearíamos menos posiblemente en hacerla avanzar.

No diré mal de la ciencia de nuestro tiempo. Ha hecho mucho por nuestra comodidad. La industria y las artes le deben un eterno reconocimiento. Si no nos sorprende por sus invenciones maravillosas, es porque ha cansado nuestra admiración. Muchos buenos espíritus se extrañan sin embargo de que la ciencia parezca cada vez más abandonar la teoría por la práctica, de que uno se ocupe más de las consecuencias que de los principios, y de que en medio de una tan grande abundancia de invenciones, haya tan pocos descubrimientos. Estos son por otra parte bastante difíciles para no contentarse con esta respuesta, ya dada a Newton y a Galileo: "Los principios han sido hallados". No sé si me equivoco, pero creo que el gusto de estas especulaciones elevadas no se ha perdido. Lo que falta posiblemente al sabio, son los conocimientos generales de que uno se sirve como de un punto de apoyo para elevarse por encima de una ciencia especial, dominarla y llegar a los principios.

Si se escuchara al especialista, la física arriesgaría mucho el llegar a ser un simple catálogo de fenómenos, y la química una compilación de fórmulas farmacéuticas. Es el gran diario de la ciencia, no la ciencia misma.

Olvida que los hechos son los materiales de la ciencia, no la ciencia misma; que ésta comienza con el descubrimiento de las leyes, y que el simple coleccionador de hechos se parece mucho al cocinero que, en lugar de un plato, nos sirviera sus ingredientes. Esta impotencia para coordinar los hechos, para reducirlos a un sistema, ¿no vendrá de que los conocimientos generales le hacen falta? El estómago en ayunas, cuando se le llena, digiere mal; un espíritu completamente vacío no podrá más que recibir y arrojar lo que se ponga en él; y como no se preocupa de la ciencia más que para hablar de ella, arriesga mucho hacerla degenerar poco más o menos en simple comadreo científico.

No es así como procedía Descartes, el más grande de nuestros físicos. Él juzgó bueno estudiar todas las ciencias para profundizar una de ellas, y en su vasta inteligencia los conocimientos más diversos, geometría y metafísica, se habían unido y casi confundido. Así, su concepción filosófica del espacio le sugirió el descubrimiento de la geometría analítica, y es por la consideración de los atributos de Dios que fue conducido a la teoría de las ondulaciones.

Y, en nuestro tiempo, ¿no es la cuestión completamente filosófica de las generaciones espontáneas la que ha puesto a nuestro gran químico, sobre la pista de sus más admirables descubrimientos? ¿Es por efecto de un simple azar que el autor de las más bellas concepciones de la ciencia contemporánea se encuentra que es al mismo tiempo un filósofo y un letrado?

Es que se puede, en rigor, atenerse a una ciencia especial si no se apunta más que a hechos particulares y a verdades de detalle; mas para poner a esta ciencia problemas nuevos, para renovar sus métodos, es necesario elevarse por encima de ella.

La historia literaria ha llegado a ser, también, una especialidad. Ved si ha ganado con ello. El especialista desdén los trabajos literarios y la crítica original. Tomará a uno de nuestros escritores, lo estudiará en detalle, no estudiará más que a él. Pero como casi no se puede comprender y juzgar el pensamiento de un autor más que con la condición de compararlo con muchos otros, no es del pensamiento de lo que se preocupará, estad seguros. ¿Qué le resta?, la persona, y las anécdotas que pueda recoger sobre ella. Citará hechos insignificantes, pero inéditos; él es el primero en contarlos, de allí su importancia. Coleccionará papeles y documentos, olvidando que lo inédito debe encontrarse en el espíritu, no en los viejos pergaminos. El estilo y la "manera" *maniere* de un autor casi no le preocuparán: habládme de su acta de nacimiento. La historia de nuestra literatura nacional, después de haber formado escritores, no da más que escribas.

La crítica de los autores griegos y latinos, si el especialista permanece dueño de la situación, llegará a ser aún más mezquina. Hubo un tiempo en que se leían los autores antiguos para conocerlos, en que se les pedían grandes enseñanzas filosóficas y morales. El especialista no los lee hoy más que para corregirlos. Lápiz en mano, la mirada febril, acecha al paso los errores del manuscrito. Estaría desolado de que el texto de los autores antiguos nos hubiera llegado intacto, o de que un manuscrito correcto nos dispensara de sus conjeturas. No se pregunta lo que pensaba el autor al escribir su frase, sino en qué pensaba el copista al transcribirla. Así ha fundado una ciencia nueva, que podría llamarse la psicología de la transcripción, y que amenaza reemplazar a la crítica literaria.

Es que, para captar los matices delicados de un pensamiento, son necesarios conocimientos generales que faltan demasiado a menudo al especialista. La literatura es tan vasta como la verdad de la cual es la expresión. Aquél que aborda su crítica sin estar preparado por fuertes estudios, quien ignora la ciencia y la filosofía, será llevado fatalmente a descuidar el fondo por la forma, la idea por la palabra.

Si el espíritu matemático consiste en pensar con exactitud, y en expresar netamente lo que se piensa, ¿qué literato se dispensará de ser un poco matemático? Si la filosofía es la ciencia de las ideas generales, es un pobre crítico aquél que no hace caso de ella. ¿La literatura es otra cosa que una geometría sin figuras, una metafísica sin barbarismos?

Así, al contacto con el especialista, todo llega a ser seco y estéril. Parece que la ciencia pierde poco a poco la vida, descomponiéndose.

¿De dónde viene que dejemos hacer? Es que estamos engañados, si no me equivoco, por una gran ilusión. Sin darnos cuenta, asimilamos el trabajo del espíritu al trabajo manual.

Hace 105 años que el fundador de la economía política, Adam Smith, hacía ya la observación siguiente: Si en una fábrica de alfileres, un solo obrero estuviera encargado de enderezar el hilo, de cortarlo, de blanquearlo, de hacerle la punta y la cabeza, apenas podría fabricar 20 alfileres por día. Pero si se reparte el trabajo entre 10 obreros y se encarga a cada uno de una sola operación, producirán fácilmente 48.000 alfileres por día, lo cual hace 4.800 para cada uno de ellos. La industria llega a maravillosos resultados por la división del trabajo. Es necesario que cada obrero tenga una "especialidad", y será tanto más hábil cuanto más temprano haya escogido.

Pero es que se pide al trabajo manual ser ante todo, rápido, y es rápido sólo si es maquina. ¿Por qué la máquina trabaja más rápido que el hombre?, porque divide el trabajo, porque un mecanismo especial corresponde a cada parte de la tarea. Y nosotros, que tomamos por modelo a la máquina cuando trabajamos con nuestras manos, no podemos hacer nada mejor que dividir la tarea como ella la divide; y trabajaremos igualmente de prisa y bien cuando a nuestra vez seamos máquinas.

Es completamente de otro modo en el mundo de la inteligencia. Mientras que no adquirimos la habilidad manual más que con la condición de escoger un oficio especial y de hacer contraer a nuestros músculos un solo hábito, al contrario no perfeccionamos una de nuestras facultades más que con la condición de desarrollar todas las otras. Esta no puede nada por sí misma; separada de lo que la rodea, no tarda en desvanecerse, semejante a estas sustancias químicas que se evaporan en cuanto se las aísla. Sin duda hay siempre una que domina y que uno destaca; pero ella no se mantiene tan alta más que porque las otras la llevan. Yo la compararía a este buen músico que uno encuentra a menudo en una orquesta mediocre: él la domina, y hace que no se le escuche más que a él. Posiblemente fracasará en un solo, porque necesita ser sostenido por el conjunto.

Esto es precisamente, jóvenes alumnos, lo que distingue la inteligencia del instinto, el hombre de la bestia. Toda la inferioridad del animal está allí: es un especialista. Hace muy bien lo que hace, pero no sabría hacer otra cosa. La abeja ha resuelto, para construir su alvéolo, un problema de trigonometría difícil: ¿resolverá otros de ellos? Quien admite, como osa sostener un naturalista contemporáneo, que descendemos, el animal y nosotros, de un ancestro común, ¿no podrá decir que nuestra

inteligencia ha llegado a ser lo que es por los hábitos variados que ha contraído sucesivamente, mientras que la del animal poco a poco se ha restringido y atrofiado en los límites estrechos de una especialidad?

Conservemos nuestra superioridad, y puesto que la variedad de las aptitudes es lo que nos distingue, permanezcamos hombres. Para ello, jóvenes alumnos, tenéis buena escuela. Lo que hace el mérito y la fuerza de la Universidad, es que excluye del liceo los estudios especiales y se preocupa simplemente de elevar el espíritu fortificándolo. Agradecámosle este desinterés; y a quienes le reprochan no ser práctica, enseñar todo y no preparar para nada, respondamos que el mejor medio de tener éxito es no buscarlo demasiado pronto, que los grandes estudios clásicos, desarrollando la inteligencia entera, le dan bastante amplitud para contenerlo todo, bastante fuerza para emprenderlo todo, y que sería en todo caso pueril, para prepararse más fácilmente para la vida, quitar previamente a la vida lo que le da la grandeza y el valor:

Et propter vitam, vivendi perdere causas